

Hoy es 31 de enero de 2018.

Ya han pasado seis años desde El Día verde, el día en el que la humanidad tal y como la conocíamos, fue destruida. Y aunque nuestros cuerpos ya no son humanos, luchamos cada día por seguir respirando como tales; por mirar a nuestros semejantes y sentir que aún queda una pizca de humanidad dentro de nosotros. Pero ¿cómo podremos ganar esta lucha, si hemos eliminado algo tan humano como el tiempo de nuestras vidas? Es como si ya no importase el día, el mes o el año en el que vivimos; como si el tiempo, tal cual lo conocíamos antes, se hubiera detenido en un punto y desde ahí, caminásemos en un año eterno en el que solo las estaciones marcan su paso y en el que únicamente importa cuando es de día o de noche, cuando llueve, nieva o hace sol. A nadie le importa ya, cuanto tiempo ha pasado desde el ataque. Ya no se ven relojes en los Refugios o calendarios en las viviendas, todo lo que importa ahora es sobrevivir. No importa si es un mes más, un día más o un segundo más. El tiempo ya no es parte de nuestras vidas, porque el tiempo nos daba esperanza, pero también, nos la arrebatava. Ver su paso inexorable reflejado en los días tachados de un calendario o en las agujas de un reloj, se convirtió en el mayor asesino de nuestros días. Ya no eran los Radicales, Los Portadores o La Toxina... no, era ver como pasaban los años y nada cambiaba. Sentir la amarga espera por una cura que nos devolviese lo que nos habían robado o ver cómo, a pesar de todo, los supervivientes seguían matándose entre ellos, luchando por el poder, por controlar unos recursos sobre los cuales no tenían más derecho que los demás y a la vez, al tiempo seguir avanzando a toda velocidad, sin detenerse, sin esperar por ellos o por la cura o por la salvación. El tiempo avanzó como una pandemia entre los Refugios, sin hacer distinción entre ellos: buenos, malos, ricos o pobres, no importaba, su paso era la mismísima Muerte anunciada en el Apocalipsis. Los reportes de suicidios se sucedían como una avalancha negra y densa que engullía el ánimo allá por donde pasaba. De la noche a la mañana, aparecían cadáveres colgando o Refugios enteros en completo silencio.

El estruendo de un arma en medio de la quietud de la madrugada, seguido de gritos de desesperación...

Fue a partir ese momento que los Noticieros comenzamos a ser vistos como pájaros de mal agüero. Era nuestro deber informar del número de bajas, era nuestro deber dar a conocer las noticias, fueran buenas o malas, deseadas o no. Era nuestro deber... Aunque eso provocase desolación y dolor, sabíamos que también endurecería sus corazones con el tiempo y que eso

les protegería, si bien no pudieran verlo en ese momento. La ignorancia es una asesina silenciosa y es nuestro deber proteger a los Refugios de ella, quieran o no, manteniéndoles informados pase lo que pase. Quizá fue por eso mismo, por nuestro empeño diario en forzarles a ver y a sentir esa oscuridad que avanzaba con cada movimiento del reloj, que los Refugios tomaron la resolución de matar al Tiempo. Los supervivientes le arrebataron todo su poder, lo convirtieron en algo mortal, en algo contra lo que sí podían luchar. Los calendarios se quemaron, los relojes se destruyeron, las fechas se olvidaron y así fue como nosotros nos convertimos, sin darnos cuenta, en sus guardianes. En los servidores de Cronos; los únicos que nos negamos a olvidar la fecha en la que la humanidad podría haber desaparecido por completo, pero resistió. Porque ser humanos es más que la biología, es más que un cuerpo o una especie, es un sentimiento. Nosotros contamos los días de supervivencia de ese sentimiento, de esa lucha constante entre el animal que somos y el humano que llevamos dentro, ese que nos hace crecer y evolucionar, para, al mismo tiempo, destruir todo lo creado. Nosotros llevamos esa carga por los demás, anotando en nuestros Diarios cada avance, cada retroceso, de cada día desde el primer día.

Antes vistos como palomas blancas, al morir el Tiempo y nosotros no, nos transformamos en cuervos negros llenos de malos augurios, de promesas fallidas y de malas noticias que llenaban el corazón de los supervivientes de miedo y tristeza. Ya no importaba si nosotros habíamos construido los primeros Refugios o si habíamos luchado contra la opresión de los Radicales, ya no importaba todas las medicinas, comida o recursos que les llevásemos. Todo lo que quedaba era el rencor y el dolor que éste trae consigo. Al mirarnos, solo veían un enorme reloj que marcaba la cuenta atrás hacia su destrucción o el recuerdo de todo lo que habían perdido; como si con cada visita les arrancásemos más y más las ganas de seguir en este mundo. Y aunque ya ha pasado tiempo desde aquellos tortuosos días, en mi memoria siguen frescos y no obstante lejanos, como una pesadilla que se repite durante la noche y se desdibuja durante el día.

Recuerdo como cada vez más Refugios se unían para darnos caza, nos perseguían por los bosques y los campos, para luego exponer con orgullo sus "trofeos" en las puertas y caminos de sus Refugios. Tengo grabada a fuego en mi memoria la imagen de las cabezas cercenadas, clavadas en puntiagudas estacas y alegremente decoradas con guirnaldas de cobridas luces. O los cuerpos masacrados y empalados de mis compañeros caídos, cuyos propios hongos bioluminiscentes eran su grotesca decoración.

Muchos Noticieros dejaron su labor por miedo. Otros, decidimos unirnos y luchar, imponer nuestra ley y nuestro valor en esta nueva sociedad que se estaba formando. Mostrarles, que, a pesar de su odio, nos habíamos ganado un lugar en el mundo; recordarles que fueron nuestro sudor y nuestra sangre las que construyeron los Refugios en los que ahora se escondían como ratas; que, si no fuera por nosotros, habrían muerto de frío y de hambre... Sí, ahora éramos cuervos, pero algún día, algún día volveríamos a ser palomas blancas portadoras de la esperanza, algún día podríamos decirles que el mundo volvía a florecer y nosotros luchamos por ese día, por nuestro derecho a creer en ese día, a cargar con la pesada carga de la esperanza en nuestros corazones.

Fue una lucha sangrienta en la que nadie ganó nada y todos perdimos mucho. Y aunque sobre papel ganamos, jamás tuvimos el sentimiento de victoria en nuestros corazones; se sentía más como un velo frío, un silencio pesado y duro como el metal. No hubo canciones ni risas, no hubo celebraciones, tan solo el ruido de las plumas firmando un Tratado de Paz meramente simbólico, que nos daba derecho a recibir cobijo en los Refugios, a cambio de provisiones e información, siempre que ésta fuera requerida, y a poder entrar por la fuerza, en caso de que alguien nos negase la entrada. Básicamente, teníamos derecho a vivir y el deber de dejar vivir. Un apretón de manos puso fin a la sangrienta disputa, pero no borró el dolor ni los recuerdos.

Un año después, aún hay grupos Radicales que nos dan caza y Refugios que son hostiles, pero en general, podemos respirar en paz y eso algo que se agradece..."

.

A lo lejos vi a mi esposa apoyada contra un árbol. El sol del mediodía la acariciaba haciendo brillar sus cabellos de plata. Estaba concentrada en algo que le provocaba una profunda tristeza, no de esas que hacen llorar, más bien de las que provocan apatía. Me acerqué sin hacer mucho ruido, la imagen era digna de un cuadro clásico y no quería que se desvaneciese. Cuando estuve lo suficientemente cerca, dejé caer el cadáver todavía caliente de un enorme jabalí al suelo y con una sonrisa, le dije:

—¿Qué haces Elise? —Mi voz sacó de golpe a mi esposa de sus pensamientos y casi lanza por los aires el Diario que estaba escribiendo.

—¡Qué susto John!... —Se quedó mirándome como un cervatillo asustado ante su cazador, pero enseguida mi sonrisa burlona le hizo sonreír también—. Estoy escribiendo un rato.

—Qué bien querida, ya hacía tiempo que no tenías un rato para poder escribir tranquila.

—Ya...

Sus ojos volvieron a ensombrecerse un poco. Realmente no era que no hubiese tenido tiempo, es que cada vez le costaba más escribir en aquel libro que parecía pesarle como un saco lleno de rocas. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa una vez más. Me saqué la chaqueta de piel y también la camiseta que estaba muy sucia después de la cacería. Encendí la ducha portátil que Elise me había dejado preparada con agua caliente. En el suelo del campamento ardía una chisporroteante hoguera en la que se cocinaba lentamente un trozo de carne adobada, entre las brasas había unas cuantas patatas asándose y el olor del whisky caliente se mezclaba con los demás, creando un ambiente hogareño. A pesar de ser enero, no hacía frío y el agua templada me arrancaba el cansancio de los músculos. Sentí los brillantes ojos dorados de mi esposa recorrerme con sensualidad y no pude evitar una erección al verla levantarse, despacio, sin dejar de mirarme, desabrochándose su largo vestido de gasa azul, dejándolo caer suavemente al suelo, permitiéndome ver sus sedosos senos de pezones pequeños, sus marcadas caderas remarcadas por su ropa interior azul como el vestido y sus largas piernas decoradas con aquellas perneras de cuero, en las que solía guardar sus cuchillos. Era perfecta. Tan perfecta como el primer día. La tomé de la mano y la acerqué a mí, sujetándola con fuerza por la cadera, mientras la templada agua nos mojaba a los dos y barría cualquier preocupación que pudiéramos tener. La tomé a horcajadas y la puse contra el árbol para poder saborearla. Sus uñas clavándoseme en la espalda y sus gemidos delicados me volvían loco. En ese momento solo estábamos ella y yo. Su piel y la mía, sus labios y los míos, su suave y dulce sexo y el mío.

Elise y yo somos Noticieros, ambos somos Inmunes, que en este tiempo quiere decir que hemos sobrevivido al peor ataque bioterrorista que la humanidad ha registrado. Conocí a Elise mientras huía de mi Superciudad. Después de que las Arañas estallasen en los Campamentos de Evacuación, las fuerzas de seguridad que sobrevivimos, reunimos al resto supervivientes y nos los llevamos de vuelta a la Superciudad, creyendo que eran el mejor sitio para esperar nuevas órdenes. Pero al llegar, nos encontramos con la desolación que las bombas y la Toxina habían sembrado. El panorama era incluso peor que en los Campamentos: cadáveres por todas partes, Cambiados comenzando a aparecer en las estaciones de metro, peleándose entre ellos, atacando cualquier cosa que se movía por saciar su increíble sed... Era una pesadilla. Pero la limpiamos, recuperamos el Hospital, el cuartel de Clean Minds y dos plazas de apartamentos, lo fortificamos todo y con el paso del tiempo, los Cambiados entendieron que llevaban las de per-

der contra nuestras armas, por mucho que se regenerasen. Fue en las Superciudades donde se avanzó más en el entendimiento de la Toxina. Allí podíamos ver de primera mano cómo la sed y el dolor volvían locos a los Simbiontes y como estos aprendían a controlar a los otros Cambiados para conseguir asaltarnos. Vimos como su regeneración no era eterna: si se quedaban sin que beber y más, cuando hacía calor, comenzaban a secarse, a consumirse, hasta parecer momias que a duras penas se movían y que eran repudiadas por los más fuertes.

Cuando nos enteramos de que La Granja se había formado y de que estaban investigando la Toxina, acompañé a uno de nuestros doctores hasta allí para dar parte de todo lo que habíamos visto y así ayudar en la investigación. Fue, sin darme cuenta, mi primer trabajo como Noticiero. Al volver del largo viaje, me encontré con que la Superciudad 147 había cambiado, o más bien, las leyes habían cambiado. La falta de gobierno, de noticias y de órdenes habían desestabilizado a mis compañeros, quienes pasaron de fuerzas de seguridad, a señores de aquel lugar, imponiendo las leyes que a ellos les parecían mejor y que más les convenían. Sí, es cierto que muchas de ellas estaban pensadas para proteger a los supervivientes y para conseguir que nuestra Superciudad creciese de nuevo, pero la crueldad de los castigos para con quienes osasen desafiar la autoridad y el despotismo de muchas de las leyes impuestas por los líderes, nos granjeó el nombre de Radicales y provocó que grupos de supervivientes se uniesen para luchar contra la opresión. Luchadores Por Refugios Libres, se hicieron llamar. LPRL. Los libertadores. Huían como podían de las Superciudades y se refugiaban en las Afueras, formaban grupos de ataque que arrasaban nuestras Caravanas y nuestros campamentos de exploradores, usaban bombas y rifles de larga distancia caseros; también crearon las Bombas de Feromonas y las Bombas de Esporas, unas atraían a los Cambiados, otras inducían El Sueño de Eris, lleno de pesadillas y alucinaciones. Eran ingeniosos. Pero nosotros también. Comenzamos a usar las técnicas de GWFCE para aniquilarles sin mancharnos las manos, igual que habían hecho ellos para cargarse a la humanidad. Creamos Ciempiés que se infiltraban en sus Refugios y les inyectaban el Sueño de Eris en vez de hacérselo inhalar, lo que les provocaba un estado permanente de alucinaciones y pesadillas que les volvía locos por completo, obligándoles a matarse entre ellos. Era una forma cobarde, rastrera y cruel de guerra. Tanto de un bando, como del otro. No me siento orgulloso de aquellos días, pero forman parte de mi pasado y no puedo borrarlos sin más.

Recuerdo claramente como la guerra se recrudecía día a día, como muchos huían de ambos bandos, cansados de la violencia y del miedo. Una noche, los gritos desesperados de una madre que veía impotente como su apartamento ardía con su hijo dentro,

me despertaron. Un grupo de la LPRL había decidido atacar la 147 con bombas retardantes incendiarias como venganza por los Ciempiés. Usaron Nidos de Hormigas, unos dispositivos parecidos a los que la GWFCE usó para colapsar los metros, los lanzaron sobre los muros y cuando tocaron el suelo liberaron a las Hormigas mecánicas que corrieron hacia los focos de calor humano. Se colaron en las tiendas de campaña que habíamos instalado a modo de tabernas, en el Hospital y en los apartamentos; se encararon a los muebles y a las camas, se subían por las piernas de los supervivientes y cuando por fin se juntaban un buen grupo de ellas estallaban incendiándolo todo.

Cuando abrí los ojos, todo estaba envuelto en llamas y los gritos de horror retumbaban en mi cabeza como un martillo. Me quedé en medio de la Superciudad, mirando el fuego lamer los apartamentos y consumir a sus habitantes. El calor extremo me secaba la piel, me la agrietaba; sentía los ojos secos y la garganta rasposa, la necesidad de hidratarme, de beber un sorbo de lo que fuera se convertía paulatinamente en un dolor agudo y constante en el cerebro. Como si una aguja invisible estuviera tratando de atravesarme la cabeza. No podíamos hacer nada más que alejarnos del insoportable calor y ver como todo ardía derritiéndose, consumiéndose, hasta que no quedó nada de nuestro hogar. Ya no pude soportarlo más. Tomé a unos cuantos supervivientes y me marché esa misma noche.

Abandoné mi Superciudad, mi familia, mis amigos, mis camaradas, sus leyes estúpidas y la abusiva guerra que lo único que hacía era matar inocentes y crear monstruos. En el camino fue dónde me encontré con Elise y juntos creamos un Refugio-Vivienda. Con el tiempo, la guerra entre la LPRL y los Radicales llegó a un punto muerto y la LPRL dejó de lado el conflicto para ayudar a los nuevos Refugios que estaban naciendo, como el nuestro, y que estaban faltos de suministros médicos, comida, agua potable y recursos para su construcción y mantenimiento. Pasaron a llamarse Sociedad Protectora de Refugios y comenzaron a entrenar a Noticieros como nosotros, para llevar información y suministros de toda clase a los Refugios, ayudándoles a crecer. Las Superciudades quedaron en manos de los Radicales, quienes les cambiaron el nombre por el de Anarquías, debido a que en cada cual reinaba la ley impuesta por el más fuerte, que podía cambiar de la noche a la mañana. El mundo continuó girando sin cambios y aunque ahora hemos sido expulsados de nuestro propio Refugio y somos considerados pájaros de mal agüero, nosotros seguimos luchando. Seguimos arriesgando nuestras vidas por ellos, por llevarles suministros e información, por ganarnos de nuevo nuestro lugar en el mundo y tratar de redimir todos los errores pasados. Aunque eso solo nos acarree odio, aunque ellos quieran vernos muertos, siempre tratamos de recordar que no es a nosotros a quien odian, es lo que representamos y los errores aún frescos en su memo-

ria. Aun así, nunca pierdo la esperanza de poder volver a Nuevo Comienzo, a nuestro Refugio, nuestro verdadero hogar.

. . .

—Querida, antes salí a un claro y pude divisar unas enormes nubes de tormenta. Creo que deberíamos recoger el campamento y buscar un Refugio por la zona —Saqué el mapa de mi mochila, lo recorrí con el dedo y no pude evitar suspirar—. El más cercano es La Casa del Acantilado.

—¿No es ese el Refugio del que se quejan muchos Noticieros?

—Sí. Es uno de los más hostiles. Leal a la SPR hasta el final. Pero no nos queda más remedio, la tormenta amenaza con ser fuerte Elise, no podemos quedarnos a la intemperie.

Elise suspiró y asintió con la cabeza. Los restos de la deliciosa comida todavía humeaban en los platos de metal y la ropa colgada de una cuerda tendida entre dos árboles se mecía suavemente con la brisa. Me quede mirando fijamente el mapa garabateado con el nombre de los diferentes Refugios, sus líderes y su clase: Hospital, Vivienda, Hotel, Taller, Aldea, Comercio, Independiente, Abandonado o Anarquía. Los únicos que no figuraban eran los Refugios-Iglesia de La Secta, que permanecían en secreto y solo los que hacían negocios con ellos sabían las localizaciones y únicamente la del Refugio con el que fueran a trabajar. En el trozo de papel estaban marcadas también las rutas comerciales, las rutas de las Caravanas Radicales, las rutas de los Noticieros, las Zonas Oscuras, las Zonas Contaminadas, los Huesos, las Afueras y por supuesto el nivel de peligro con el que nos íbamos a topar: en rojo hostil, en amarillo neutral y en verde amistoso, de esos era de los que menos había. A pesar del Tratado de Paz, había muchos Refugios que no nos dejaban pasar y que incluso habían llegado a atacarnos o tratar de asesinarnos mientras dormíamos. Que un Refugio fuese hostil significaba tener que luchar para poder descansar solo un par de horas.

Ayudé a Elise a recoger en silencio, no sabíamos que nos íbamos a encontrar y eso era lo peor, no había forma de estar preparados. Si te acercabas a un Refugio, aunque éste figurase como hostil, con las armas en alto, te jugabas que te metieran un tiro antes de que pudieras abrir la boca; pero ir completamente desarmado y con la guardia baja, incluso si el Refugio figuraba como amistoso o neutral, podía significar la muerte también. Son días duros los que nos ha tocado vivir. Lo único que nos animaba era pensar que estábamos a, más o menos, ocho horas de viaje del Refugio-Hospital, La Granja. En ese lugar, el primero de su clase, se reunían científicos, médicos y profesores dispues-

tos a investigar la Toxina. Hombres y mujeres abnegados que nos hacían la vida más fácil a todos, además de curar las heridas y enfermedades gratis. No todos los Refugios-Hospital son iguales y muchos sí cobran por sus servicios, pero La Granja es diferente y es de agradecer que aún quede un lugar en este mundo lleno del calor humano que tan olvidado está estos días.

Con el campamento recogido, el jabalí despiezado y guardado en los recipientes herméticos dentro de la nevera portátil, nos pusimos en camino a La Casa del Acantilado. Era un Refugio-Hotel, que de hecho había sido un hotel mucho antes del Día Verde. Sus increíbles vistas al pie del acantilado le habían otorgado una buena y mala fama. Muchas personas acudían cada año a ese lugar para terminar con sus vidas y otros tantos para comenzar una nueva. Después del ataque, una Noticiera llamada Tamar, se hizo cargo de él. Lo restauró y preparó para acoger a los supervivientes. Con el tiempo, cuando La Granja fue creada y establecida como un Refugio-Hospital, La Casa del Acantilado se transformó en un Refugio-Hotel, en el que se quedaban los supervivientes que iban a La Granja o que volvían de allí, transformándose en un lugar lleno de vida. Como el sistema de radio todavía no funcionaba, luego de que GWFCE lo cortase para aislar a las Superciudades, Tamar viajaba mucho en busca de suministros y noticias para su Refugio. En el camino, creó tres Refugios más e instruyó a varios Noticieros, que siguieron sus pasos y se encargaron de cuidar con esmero, los Refugios que ella había creado. A pesar de todo, cuando los supervivientes comenzaron a volverse en contra de los Noticieros, Tamar fue una de las primeras en ser asesinada y su cadáver fue expuesto en La Casa del Acantilado como escarmiento y advertencia. Con su muerte, comenzó la Guerra de los Treinta Días, que dividió a los Refugios entre la SPR (Sociedad Protectora de Refugios) y SPTR (Sociedad Protectora del Tiempo y los Refugios). Si me preguntas a mí, te diría que solo sirvió para derramar más sangre inocente. Como todas las guerras, comenzó con un motivo muy noble y terminó encharcada en la sangre de cientos de personas, que no supieron ni porqué demonios dieron su vida. Un año después de que se firmase el Tratado de Paz, La Casa del Acantilado seguía siendo un amargo recuerdo para todos los Noticieros, además de un lugar peligroso para pernoctar. Pero la tormenta prometía batir records, así que a mi esposa y a mí no nos quedaba más opción que caminar resueltos, con el mejor ánimo y sin el seguro en las armas.

. . .

Cuando estábamos llegando, Elise se paró en medio del camino, respiró hondo y se quedó mirando al cielo.

—Aún van a tener razón.

—¿En qué amor? —Ella señaló a la tormenta que nos seguía.

—Realmente parecemos pájaros de mal agüero que les llevan la oscuridad a su Refugio.

—Por dios Elise... No me vengas ahora con esas —Ella se echó a reír y me contagió. Me volvía loco escucharla reírse, era una de esas pocas cosas que no habían cambiado con el ataque. Con ninguna guerra. Oírla reír, me hacía sentir que no todo estaba perdido, que quizás algún día tuviera alguna buena noticia que dar otra vez.

Al llegar, nos encontramos en la puerta a un hombre de color, ya mayor, de unos sesenta o setenta años, fumando una pipa de agua llena de un líquido rojo en su interior. El humo salía denso como la leche mientras lo exhalaba por su gran nariz. Las pipas de agua eran otra de las cosas que no habían cambiado mucho después del ataque. Yo prefería fumar cigarrillos de agua, eran más cómodos para llevarlos de aquí para allá. Aunque ya hacía tiempo que no fumaba, hacerlo me traía malos recuerdos. En el Día Verde, cuando GWFCE lanzó el Sueño de Eris sobre las Superciudades, yo fui uno de los primeros en llegar para ayudar a los heridos. Las imágenes de aquel día, aún me persiguen. Fue horrible ver todas esas personas atacándose las unas a las otras sin motivo aparente, observar sus rostros de puro terror y darme cuenta de lo que el ser humano es capaz de hacer, cuando su mente se ve atacada. Lo que más recuerdo, fue un hombre que luego de aplastarle la cabeza a otro hasta que solo quedó sopa en el pavimento, no dejaba de gritar que el muerto seguía vivo y que no era capaz de matarle, mientras seguía golpeando aquella pasta roja que le salpicaba la ropa. No quiero saber qué era lo que estaba viendo, pero debía de ser terrible, porque el tío se arrancó los ojos allí mismo, delante de mí, usando sus propias manos... Lo peor, es que se quedó mirando en mi dirección, como si no le doliese, con una expresión de puro alivio momentáneo, pero después de un breve momento, comenzó a gritar de nuevo que las imágenes estaban en su cabeza y que el muerto no le dejaba en paz. Ver todo aquello me dejó tocado, no podía dormir por las noches, de plano ni siquiera podía cerrar los ojos un rato sin que esas horribles imágenes volvieran a mi memoria, claras como el agua ante mis ojos. Por lo que comencé a fumar Agua Verde, una droga muy fuerte que produce en el usuario blackouts. Simplemente, te apaga el cerebro. Esa era la única forma que tenía de dormir y ese fue el motivo por el que me volví adicto. Después de conocer a Elise, mis pesadillas me dejaron tranquilo y aunque de vez en cuando vuelven con toda su fuerza, ahora al menos, puedo dormir sin ayuda.

El hombre de color exhaló una gran bocanada y nos miró a través del humo blanco con cara de pocos amigos.

—Aquí no sois bienvenidos —dijo secamente—. No sé porque tanto empeño en que sacásemos las cabezas disecadas de vuestros compañeros del jardín... Eran perfectos es-pantapájaros —dijo echándose a reír a carcajadas mientras el humo seguía saliendo sin cesar de su boca—. Y, además, ¡quedaban de puta madre de noche con todas esas luce-citas de colores! ¡Largaos de aquí! ¡No queremos cuervos en nuestro tejado!

—Amigo —dije con la voz más conciliadora que pude poner, aunque mi sonrisa amena-zante, me delataba por completo—. Traemos provisiones. Carne fresca de jabalí, carne seca y carne adobada. Mi esposa, Elise, os trae un botiquín natural, que, estoy seguro, os vendrá estupendamente, además de *tabaco*¹ para esa pipa tuya. ¿Estás seguro de querer desperdiciarlo?

—Prefiero morir de hambre antes que aceptar limosna de un cuervo negro como tú. Y ahora, ¡largaos de mi Refugio por las buenas, antes de que me obligues a hacerme con una nueva decoración para mi jardín!

—Que rápido se olvida que fue una Noticiera como nosotros, un cuervo negro como tú nos llamas, la que construyó este magnífico Refugio y lo preparó para desagradecidos como tú. —Sabía que eso no iba a ayudar en nada, pero estaba harto de tener que pe-lear por un techo bajo el que guarecer a mi esposa en un día de lluvia o una cama có-moda en la que pudiera dormir un mísero par de horas.

—Que rápido se te olvida a ti también que fueron esos mismos cuervos, los que destru-yeron los Refugios que tanto trabajo les costó construir. En mi opinión, el término “cuervo” se os queda un poco grande, es casi un insulto a un animal tan inteligente.

—Mira amigo... se avecina tormenta y...

—¡No es mi problema! ¡Largaos de aquí de una vez! —De detrás del amenazante hom-bre, salieron dos mujeres, una de mediana edad y otra bastante joven. De pronto, noté la mano de Elise en mi hombro, la vi dar un paso al frente y con sus dulces ojos de miel clavados en el hombre, dijo:

—Escuche caballero, el Refugio es suyo y si no quiere dejarnos pasar, lo comprendo. Simplemente nos marcharemos. Pero vamos camino a La Granja y si no fuera por esas nubes negras de ahí, seguiríamos sin detenernos. No queremos problemas, ni tenerlos ni causarlos, tan solo permítanos guarecernos hasta que pase la tormenta, se puede quedar con todos los suministros que desee a cambio. Es todo lo que le pedimos.

—Vamos Jacob... Déjales pasar. No quiero tener que enterrarte antes de tiempo y, ade-más, los suministros nos vendrán bien. Ya casi no te queda tabaco para la pipa —dijo la

mujer más mayor —Pasad, pero en cuanto amaine la tormenta, os largáis de aquí. No queremos nada que ver con los cuervos.

—Claro —contestó Elise con una sonrisa conciliadora, mientras hacía fuerza con su mano en mi hombro. En sus ojos de oro leí: “entremos, seamos corteses, pero no le pongas el seguro al arma”. No necesité más que mirarla para que ella supiese que la había entendido, así que me soltó y caminó delante de mí hacia el interior del Refugio.

. . .

A pesar de que antes de la Guerra de los Treinta Días había sido uno de los Refugios-Hotel más grandes de la región, ahora solo vivían en él tres supervivientes: Jacob, el hombre mayor que custodiaba la puerta como un perro guardián. No tenía apenas pelo, pero éste había sido sustituido por varios líquenes de color naranja muy oscuro, además de los largos hongos parásito de color dorado, que él llevaba recogidos en una especie de coleta; sus duros ojos negros tenían manchas verdes oscuras y su piel del color de la noche no tenía casi sin arrugas, a pesar de su edad. Susan, la mayor de las dos mujeres, era extremadamente hermosa, de constitución fuerte, con los ojos grises llenos de ramas rojas y pelo cobrizo con finos hongos blancos; mostraba a su vez líquenes rojos cerca del ojo derecho y algunos amarillos en el escote. La última integrante era la más joven, Lisa, de unos dieciocho años, sus cabellos y líquenes dorados a ambos lados de la cabeza, quedaban coronados por unos largos hongos violetas. Sus ojos azules presentaban manchas naranjas que se me antojaron islas en medio de un cristalino mar. Todos ellos eran Inmunes, lo cual quería decir que habían pasado por el proceso de Contaminación y que habían sobrevivido. Porque es así como se cataloga ahora a las personas, ya no importa ni la raza, ni la cultura, ni el credo, ni el género; menos aún el estatus social o los puntos de vista políticos. Ahora todo lo que cuenta es si eres Inmune, Bendito, Simbionte o Cambiado. O si por el contrario eres un Limpio de mierda, una rata cobarde y asquerosa que, con tal de seguir siendo “humano”, habías huido de la Toxina sin importarte a quien dejases atrás para conseguirlo. Y todo eso se sabía según las marcas en el cuerpo: los bi o tricolores en los ojos y/o la lengua amarilla o naranja, indicaban que la persona había estado expuesta a la cepa original de la Toxina, proceso llamado Contaminación, y que habías sobrevivido, quedando Inmune a dicha cepa. Las venas verdes o naranjas inflamadas en la cara, los brazos o el vientre, así como una anomalía de forma en la pupila, que no se daba en todos los casos, indicaban que la persona había estado expuesta a una cepa mutada de la Toxina, a ese proceso se le llama Contagio y es muy virulento, pocas personas sobreviven a él. Los que lo consiguen se llaman a sí mismos, Benditos. Por último, si resulta que estabas enfermo, aunque fuera de un simple resfriado, a la hora de pasar por cualquiera de los procesos, lo más

probable es que la Toxina se “aliara” con tu enfermedad, causando delirios, fiebre y coma, convirtiéndote en un Cambiado: un ser humano, mutado y convertido en un medio transporte del hongo-parásito. Estos “seres” son altamente contagiosos y mutan según el tipo de virus que estuviera en su cuerpo: un resfriado genera un cambio “simple”, setas en la cara o en el cráneo, piel amarillenta o anaranjada, comportamiento agresivo... Pero algo más complejo, como un cáncer, genera un cambio más brutal: pústulas llenas de esporas mutadas en la cara o el torso, que explotan contagiando lo que les rodea, por solo poner un par de ejemplos. Y luego están los Simbiontes, que son los más raros de ver y aún nadie sabe muy bien cómo se forman, pero se les reconoce por poseer pupilas mal formadas y la cabeza completamente cubierta de hongos-parásito que se mueven con vida propia. Los líquenes en diversas partes del cuerpo y los hongos-parásito en la cabeza, son un rasgo común a todos y es lo que nos reconoce como supervivientes al injusto ataque bio-terrorista. Porque ni siquiera se le puede llamar guerra. En una guerra hay hostias por parte de todos los bandos, pero con GWFCE (Green Warriors For Clean Earth) ni siquiera hubo tiempo de respuesta cuando lanzaron su fulminante ataque sobre las Superciudades y menos, cuando unos días después, remataron a los supervivientes con otro ataque sobre los Campamentos de Evacuación.

Pero ni ellos sabían las consecuencias de sus actos. Pensaron que darían una lección “ecologista” al mundo, una lección que solo unos pocos elegidos tendrían el privilegio de recordar. Quisieron acabar con los humanos, pero no pudieron con la humanidad y su espíritu de lucha. En sus propias palabras, lo que deseaban era “darle a la Madre Tierra unas merecidas vacaciones”. Para ello, no se les ocurrió otra idea que crear una Toxina a base de un hongo llamado *Cordyceps Unilateralis*, junto a otros hongos-parásito, los cuales son conocidos por manipular las mentes de los insectos usando sus esporas, obligándolos a encontrar un lugar apropiado donde nacer del propio cuerpo del insecto y así poder infectar a más de su especie. La GWFCE creyó que era el castigo perfecto para “una sociedad que había usado a la Madre Tierra a su antojo, sin ninguna clase de respeto, solo para poder reproducirse e infectar más y más al planeta”. El ataque fue rápido y radical: hicieron estallar bombas en las Superciudades, colapsando los metros y carreteras, atacaron a su vez los sistemas de radio y lanzaron, además, el Sueño de Eris, un gas muy espeso, de origen natural, altamente alucinógeno, que provocó el caos. Todo esto aisló a las Superciudades y nos obligó a las fuerzas de seguridad a evacuarlas, llevando a la mayor parte de la población a los Campamentos de Evacuación, que estaban preparados en caso de una catástrofe natural, ya que, en aquellos días, nadie se esperaba un ataque o una guerra. Eran días de paz, de calma suave, de risas y despreocupación. Cuando creímos que lo peor había pasado, llegó la segunda parte: las Arañas. Esos mecanismos de IA sencilla, se guiaron por el sistema de radio de emer-

gencia, el único que quedó intacto y cuyo alcance era muy corto, lo suficiente para comunicar los Campamentos con la Superciudad correspondiente. Se infiltraron en los camiones de evacuados, esperaron al momento adecuado y se inmolaron, liberando la Toxina y causando un número incontable de bajas.

La idea era que, la Toxina, debía contaminar a la gente con las esporas del hongo-parásito, preparadas para que hicieran efecto en los seres humanos y convertirlos en “zombis” naturales que buscarían un lugar “apropiado” y morirían allí, al igual que lo hacían los insectos. Luego, de sus cuerpos, nacería la vida: nuevos y diferentes tipos de hongos, como los bio-luminiscentes, líquenes, musgo, árboles y otras plantas que atraerían a los insectos y estos, a su vez, a los pájaros, comenzando de esa forma ecosistemas. Con el tiempo, sus muertes crearían bosques verdes llenos de vida, “devolviendo a la Madre Tierra, todo aquello que le habían robado”. En cierto modo... funcionó. Muchas personas murieron aquel día y sus cuerpos se convirtieron en grotescos Bosques de Cadáveres, en los que, sí, hay vida, pero no es tan agradable como ellos se imaginaban. Esa fue la parte con la que no contaron: mutaron a su querida Madre Tierra para su beneficio y ésta, se vengó a lo grande. No solo los humanos cambiaron, sino también la flora y la fauna. De esta forma, ni siquiera ellos quedaron a salvo de sus propios ataques. Así que ahora, ciertas marcas en el cuerpo, dan seguridad entre los supervivientes. Aquellos que las tienen en lugares poco visibles, como el torso, la espalda o la ingle, se aseguran de que se vean claramente usando prendas con transparencias. Que alguien no tuviera una marca visible en su cuerpo, solo quería decir que la estaba ocultando por algún motivo o que era un Limpio, alguien que jamás había estado en contacto con la Toxina y que, por lo tanto, había dejado a la humanidad morir. La mayoría de ellos, eran personas adineradas que, después del primer ataque sobre las Superciudades, consiguieron aislarse de la Toxina en bunkers. Un tiempo prudencial después, salieron a la superficie esperando que todo hubiera pasado, tratando de “salvar”, como héroes, a los pobres que habían conseguido sobrevivir. Pero en lugar de salvos y flores, recibieron palizas e insultos y con el tiempo, eso solo empeoró. Si alguien es Limpio se le considera igual o peor que la GWFCE. se le considera un cobarde, alguien que no tiene lugar en este nuevo mundo en el que sobrevivimos. Esto provocó que un alto porcentaje de Limpios se metiesen en los Bosques de Cadáveres, en un intento desesperado por conseguir las características marcas de los Inmunes y ganarse ese lugar que se les había negado. La mayoría, murieron o cambiaron. Nadie les echó de menos.

. . .

—Este lugar es muy bonito —dijo Elise admirando el paisaje que se tornaba cada vez más oscuro por las nubes—. ¿Vive alguien más aquí?

—Antes éramos más —contestó Lisa, quien parecía ser la menos hostil de los tres—, pero, al ser un Refugio tan aislado y no llegar la comida y las medicinas tan a menudo como a otros Refugios, se ha quedado vacío. Ya solo unos pocos paran aquí de camino a La Granja.

—No me extraña —dije por lo bajo, a lo que Elise me respondió con una enfurecida mirada—. ¿Qué? Es la verdad —afirmé esta vez en alto—. Si tratan así a cada Noticiero que pasa, es normal que cada vez pasen menos.

—Prefiero ir yo mismo a cazar...

—¿Y con qué matarás a las presas, viejo? ¿Con tus afilados insultos? O ¿con tus mortales amenazas? Si pudierais prescindir de nosotros, ya lo habríais hecho. Pero no podéis. Eso es lo que más me molesta: no queréis o no podéis ir a cazar o a por suministros, es algo muy peligroso y nosotros lo hacemos gratis por vosotros, incluso así, lo único que nos ganamos, es el odio y los insultos de los supervivientes.

—Es lo que pasa cuando vas por libre cuervo —me contestó Susan clavándome sus ojos grises como el cielo de esa tarde—. Se os admiraba y respetaba hasta que decidisteis imponer vuestra propia ley. Hasta que decidisteis que los demás no teníamos derecho a escoger, porque “nuestras decisiones eran incorrectas y solo nos iban a llevar a la muerte”. ¿Quién os dio derecho a mandar sobre nosotros? ¿Quién os votó como líderes? Primero fuisteis la LPRL, los libertadores que solo causaban muerte allá a donde iban, más centrados en la “libertad” de los Refugios, que en que tuviesen comida. Luego, cambiasteis, entendisteis que no necesitábamos guerra, si no volver a la paz; poder dormir una noche del tirón sin necesidad de estar con un ojo abierto por si alguien decidía atacarnos o tener el estómago lleno cada día. Porque la vida, no se había acabado por culpa de la GWFCE, ellos no habían ganado todavía. Os cambiasteis el nombre a uno más conciliador. SPR, Sociedad Protectora de Refugios y *esa* era la palabra clave, PROTECTORA. Vuestro deber, era proteger, cuidar y hacer crecer, no imponer vuestras propias leyes y normas. Al principio, no lo voy negar, os preocupaban los supervivientes; que tuviéramos comida, agua, medicamentos... que nunca nos faltase de nada y para ello, creasteis granjas, huertos e invernaderos, conseguisteis libros de medicina natural, nos enseñasteis a sobrevivir y conseguisteis con ello, que la humanidad tuviera humanos otra vez y no animales asustados. Pero se os subió el poder a la cabeza, ¿verdad? Os dabais cuenta de que ya no se os necesitaba, de que habíais hecho tan bien vuestro trabajo, que ya no erais necesarios... Los Refugios tenían suministros propios, por lo que no era necesario ir a buscarlos fuera; se restauró el sistema de radio, por lo que tampoco se os necesitaba para transmitir las noticias. Y cuando por fin decidimos

no recordar todo lo que la GWFCE nos había robado, cuando por fin decimos seguir adelante y aprender a vivir con los Cambiados, la Toxina, los Simbiontes y nuestra propia naturaleza, os rebelasteis contra nosotros. Quisisteis privarnos de la libertad de escoger, de nuestro derecho a ignorar el pasado y continuar caminando con lo que teníamos. ¿Quién os dio derecho a quitarnos ese derecho? Incluso os cambiasteis el nombre para separaros de los que sí nos apoyaban. Ahora erais la grandiosa SPTR, la Sociedad Protectora del Tiempo y los Refugios. Ahora *protegiáis* también al señor Tiempo. Nosotros queriendo matarlo para que él no nos devorase a nosotros y vosotros, protegiéndolo. Fue la segunda vez, que vimos claramente, que los supervivientes y sus vidas, os importaban menos que una mierda. La vida era amarga y difícil de por sí y vosotros, no hacíais más que empeorarla —El tono de voz de Susan se volvía más y más amargo, de sus ojos grises, llovían lágrimas ácidas y amarillas—. En vez de estar orgullosos, en vez de estar felices, os volvisteis codiciosos, quisisteis volver a ser imprescindibles... De pronto, los Cambiados atacaban los Refugios grandes; de la noche a la mañana, aparecían nuevas mutaciones, criaturas más listas y más crueles... Y allí estabais vosotros otra vez, como héroes... Sabíais perfectamente que hacer: “nada de animales, su olor atrae a las criaturas”; “Refugios más pequeños, el bullicio los atrae”; “es mejor que os traigamos nosotros los suministros y os avisaremos si vemos u oímos algo, para que no se repitan los ataques” ... ¡Y una mierda! —gritó dando un golpe en la mesa que tiró el vaso con agua que había sobre ella—. Os hicimos caso una vez más, como idiotas. Confiamos en vosotros, en la SPTR, en su fuerza y en su poder. Aunque defendierais el Tiempo, aunque mataseis nuestro espíritu con cada mala noticia, con vuestra incansable sed de contabilizar cada maldito suceso de cada maldito día. Confiamos y nos separamos en Refugios aislados, pequeños y silenciosos. Confiamos en vosotros, en que traeríais comida y medicamentos... en que estaríamos a salvo... ¡Pero todo era una puta mentira! ¡Cuervos de mal agüero! ¡Ingeniosos y codiciosos hijos de la gran puta! —Las lágrimas amarillas recorrían sus acaloradas mejillas y sus ojos se clavaron en nuestras avergonzadas caras. Ya sabíamos cómo acababa la historia—. Mi hija murió de hambre ¿sabes cabrón? Los Refugios estaban TAN alejados los unos de los otros que tardabais meses, MESES, en volver con los suministros que necesitábamos... Veníais con vuestras malas noticias, acerca de otros Refugios que habían caído a manos de “La Secta” o de los Cambiados. No os importábamos nosotros, solo os importaba seguir siendo “héroes”, seguir conservando el poder. “No, aún no podéis ir a los Refugios más grandes, aún los estamos fortificando”; “no, es que hay muchos ataques de La Secta en cuanto os juntáis unos pocos”; “así es mejor, no os preocupéis, volveremos con más suministros” ¡¿Y me preguntas por qué no queremos saber nada de vosotros?! ¡¿Y lloráis porque se os masacró en la Guerra de los Treinta Días!? ¡¿Pataleáis porque os insultamos y os echamos de nuestros Refugios!? Porque ahora son ¡NUESTROS! Refugios. Nosotros los

mantenemos, los disfrutamos y los hacemos crecer. ¡Sin vuestra maldita ayuda! Vosotros, solo estáis de paso y sigue importando una mierda lo que nos ocurra. —dicho eso, salió por la puerta y se perdió en el camino de hierba hacia el acantilado.

La vimos irse en silencio. Nadie abrió la boca en la siguiente hora. Veíamos como las nubes negras se acercaban cada vez más, amenazando con descargar toda su ira de un momento a otro. Todo lo que Susan había dicho era verdad, Elise y yo habíamos escuchado historias como la suya miles de veces, antes de la Guerra de los Treinta Días y también después. No le podíamos negar que muchos Noticieros, sobre todo los de las altas esferas de la SPTR, se habían vuelto codiciosos y ávidos de conservar ese poder que la bondad les había otorgado. Todo empezó cuando los Refugios comenzaron a tener una pandemia de suicidios. La gente no soportaba darse cuenta de cuánto tiempo había pasado desde el Día Verde y ver como los conflictos con los Radicales o La Secta seguían ahí, saber que en cualquier momento podían ser atacados por estos o por Cambiados o contagiarse de una cepa mutada de la Toxina... Muchos esperaban que, en lugares como La Granja, se diera con una cura para ellos o para sus seres queridos Cambiados, pero los años pasaban y nada cambiaba. Y recibir a diario malas noticias y ninguna buena, acabó con su moral. Fue horrible. Por aquel entonces, la SPR y sus Noticieros, aún éramos bien recibidos en los Refugios y se contaba con nosotros para tomar decisiones importantes. Muchos éramos también líderes de nuestros propios Refugios, por lo que proteger a sus habitantes, era nuestro deber, sí o sí. Fue la Noticiera Tamar, la misma que había construido el Refugio-Hotel en el que nos hallábamos y una de las responsables del restablecimiento del sistema de radio, la que sugirió “matar al Tiempo”, como un acto simbólico, como una forma desesperada de parar esa pandemia que no parecía tener cura. Fue entonces cuando la SPR quedó severamente dividida entre, la SPR, que defendían la muerte del Tiempo como una forma de parar la pandemia y abogaban por el bienestar de los Refugios; y la SPTR, aquellos que, aun abogando también por la protección de los Refugios, defendían la idea de que el Tiempo debía venerarse, porque era aquello que nos daba la esperanza y la fuerza para seguir luchando. Ambas partes tenían un sentido, pero los Refugios se decantaron por la SPR y la idea de Tamar. Los relojes fueron destruidos y los calendarios quemados, en un acto simbólico de rebelión contra el Tiempo y de querer comenzar una nueva era sin esperar nada del pasado. Pero la SPTR no se quedó de brazos cruzados, ellos tenían más poder que la SPR, poseían muchos más contactos y el apoyo de la mayor parte de los Noticieros, que, en aquel tiempo, creíamos firmemente en su palabra y también, en lo que hacíamos. Fue así, como los reportes de varios ataques a los Refugios grandes por parte de grupos organizados de Cambiados y también, por grupos de Benditos, provocaron que la SPTR sugiriese que los Refugios fueran divididos en grupos más pequeños,

para así reducir las posibilidades de un ataque. Mientras, ellos fortificarían los Refugios e investigarían los ataques, para tratar de prevenirlos. Y aquí es donde la cosa se pone turbia: nadie, ni si quiera los Noticieros de la SPTR, sabemos con exactitud qué ocurrió.

La SPR apoyó a su hermana, la SPTR, en lo de dividir los Refugios, lo llamaron: El Plan; pero cuando los supervivientes, como la hija de Susan, comenzaron a morir o a enfermar por falta de recursos, todos los dedos apuntaron a la SPTR y los rumores acerca de que ellos mismos había orquestado los ataques a los Refugios grandes para propiciar su división y así recuperar el poder perdido, se hicieron eco por todas partes. Fue entonces cuando la SPR volvió a separarse de la SPTR y dio comienzo la sangrienta Guerra de los Treinta Días, en la que cualquier Noticiero que portase su Diario y llevase el símbolo y la máscara características de la SPTR fue cazado, masacrado y expuesto como trofeo. Los Refugios competían por ver quien tenía más cabezas decorando su jardín, fue una auténtica pesadilla. Después de la firma del Tratado de Paz, no se su supo nada más de la SPR, se disolvieron en silencio, por lo que la SPTR se quedó con todos los Noticieros y también, con todo el poder, lo que no ayudó para nada a calmar las cosas.

Como he dicho, ya habíamos oído esa historia miles de veces, pero al mirar a Elise, vi sus dorados ojos llenos de lágrimas de oro. Estaba claro, ella la había *escuchado demasiadas*. Sin decir nada, se dio la vuelta y se metió en la zona reservada para los Noticieros, aparatada del resto del Refugio.

.

Ya había escuchado esa historia demasiadas veces. Ya no podía soportar más la carga que la SPTR había puesto sobre mis hombros, ya no podía soportar más fingir que les apoyaba, que les entendía, que estaba de acuerdo con sus métodos agresivo-pasivos.

Sin decir nada, me di la vuelta y me encaminé a la zona destinada para los Noticieros.

Estábamos en lo que hacía muchos años había sido un garaje, pero que luego se había remodelado como una zona de ocio con comedor. El lugar estaba lleno de mesas hechas con los despojos de otras casas, como puertas y ventanas. Había sofás y butacones para sentarse. Muchos Refugios habían tenido que tirar de esa clase de cosas para nacer, conservando la estética de las Afueras, lo que se había acabado llamando el “Dirty Art”: muebles y enseres construidos con las sobras de otros muebles, pero siempre tratando de conservar la belleza y el color de antaño, como una forma de luchar contra la apatía de la guerra. Al fondo a la derecha, había una cocina de hierro que calentaba la estancia, una encimera de cuarzo amarilla limón, muy llamativa, muebles con latas de comida y un par de taburetes de plástico transparente naranja. A la izquierda, había un

pasillo con el techo de plástico de colores, por el que entraba la claridad del exterior, volviéndolo un punto brillante en medio de la mortecina luz que daban los parpadeantes fluorescentes. El pasillo, llevaba al baño y a una habitación con una cama y una cómoda, ambos con el techo de plástico también, ya que no tenían ventanas. Se notaba que era un añadido que habían construido rápidamente los supervivientes después de la Guerra, para que los Noticieros pudieran quedarse sin molestar al resto de habitantes.

Entré en la habitación y me tiré en la cama, notaba las lágrimas quemarme los ojos deseando salir y el cuerpo pesado, rígido, como una roca. Ya hacía mucho tiempo que tenía esa sensación. Cada vez que alguien me llamaba cuervo o cada vez que alguien me decía que su hija o su marido o su madre se había suicidado o muerto por mi culpa, me arrancaba parte de mi alma. Cogí de mi mochila mi Diario y comencé a leerlo. Las primeras páginas estaban llenas de ilusión, de confianza en lo que hacía y de fe ciega en la SPTR. Yo les apoyé cuando se rebelaron contra la SPR y les apoyé plenamente cuando dijeron que debíamos dividir los Refugios. Fui yo la que dio la cara en Nuevo Comienzo; fui yo, la que habló con las familias que vivían allí; fui yo, la que las convenció de que se separasen en Refugios más pequeños; fue en MÍ y no en la SPTR en quien confiaron, por lo que fue MI culpa y no, la de la SPTR cuando los supervivientes comenzaron a enfermar. Ahora, todos los Noticieros somos acusados de haber participado en “El Plan”; de haber provocado ataques a los Refugios grandes y dejar morir a aquellos que debíamos proteger. Después de la Guerra de los Treinta Días no hubo vuelta atrás, los Refugios nos odiaban y la SPTR se volvió más dura e intransigente, obligó a todos los Noticieros a quedarse con ellos y comenzaron a perseguir a aquellos que iban por libre o que se negaban a usar sus Diarios. Al pasar las páginas, me daba cuenta de que mi escritura se volvía más y más errática, más oscura, más desganada. Ya no quería seguir así. Prefería morir, antes que volver a escuchar que era un cuervo negro de mal de agüero, responsable de las muertes de inocentes, solo por conservar un poder que yo, jamás he sentido que tenía o que añoraba... Comencé a arrancar las hojas del Diario, disfrutando con cada rasgón que hacía en el pasado, sintiendo como las lágrimas también rasgaban mi piel. La lluvia golpeaba con fuerza el tejado de plástico de colores y Susan, apoyada en la puerta, me miraba con curiosidad.

—¿Qué haces?

—Romper con el pasado. —le contesté con una triste sonrisa.

—Pensé que el Diario de los Noticieros era su bien más preciado —se sentó en la cama y tomó un puñado de pedacitos, en los cuales solo podía leer palabras inconexas.

—Se supone que lo es... pero la verdad, es que hace tiempo que no lo escribo regularmente... Al principio, cuando creamos nuestro Refugio, me parecía muy importante llevar un registro de los acontecimientos. Quería poder contar nuestra historia cuando todo pasase y también dar ánimos a los supervivientes mostrando los avances que habían hecho... Pero ya no veo la necesidad de escribir en él, ya no cumple su propósito. Me doy cuenta de que, escribo omitiendo detalles, que no quiero reconocer mis errores o los errores de mi esposo, que quiero seguir siendo la heroína, la paloma blanca que trae esperanza... Cada vez que escucho una historia como la tuya, me doy cuenta de que fuimos nosotros mismos los que decidimos convertirnos en cuervos para la gente. No quería darme cuenta de ello, no quería reconocer que muchos de nosotros traicionamos la confianza de las personas que juramos proteger... Pero ya estoy harta. Estoy cansada de ser un cuervo, de que me insulten y me echen de los Refugios que yo misma ayudé a construir... —Me guardaba las lágrimas, pero mi voz quebrada me delataba y sin poder aguantar más, rompí a llorar. En la habitación aparecieron entonces los demás, alertados por mis sollozos.

—Cariño, ¿qué ocurre?

—Estoy cansada... Harta de una guerra que parece no tener fin... De cometer error, tras error, tras error y que, aún por encima, lo paguen los que son inocentes...

—Pues ayúdanos. Este Refugio-Hotel es grande, trae a más supervivientes. Ayúdanos a montar la granja de nuevo, a arreglar el invernadero, a que las cosas sean como antes. Si quieres ser una paloma blanca de nuevo, esa es una buena forma de empezar a limpiar tu nombre —me dijo Susan cogiéndome de la mano—. Sé que no fuisteis vosotros los que dejasteis morir de hambre a mi pequeña y creo que, durante la Guerra de los Treinta Días, las cuentas fueron más que saldadas. Es hora de empezar de cero, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo, en casi todo —afirmó John con voz tranquila.

—¿En “casi” todo? ¿Cuál es ese “casi”? —le increpó con desconfianza Jacob.

—Los Refugios de antes, llenos de bullicio y de gente, son un problema, son peligrosos, habría que pensárselo bien...

—¿Ves?! ¡Nada ha cambiado en realidad, Susan! ¡¿Te das cuenta?! Siguen con las mismas mentiras de siempre. ¡Siguen siendo los putos cuervos de la SPTR! Debería echaros de aquí ahora mismo... Y de hecho... —Jacob corrió a las mesas y agarró el arma que John había estado limpiando, la cargó y nos apuntó directamente a la cara—. Quiero que os larguéis de mi Refugio ahora mismo, cuervos asquerosos. No quiero oír ni una

sucia mentira más. No se puede confiar en vosotros, codiciosos hijos de puta. “Los refugios de antes son un problema” —se burló—. ¡Mis cojones sí que son un problema de lo grandes que son! ¡VOSOTROS sois el puto problema! ¡Vosotros atrajisteis a los Cambiados a los Refugios! ¿Crees que no se escuchar, encanto? ¿Me crees tan viejo como para no enterarme de lo que pasaba? Oía a los Noticieros hablar a escondidas, susurrar cosas sobre El Plan, sobre los nuevos Cambiados, sobre que las cosas debían ser como antes. ¡Hijos de puta! ¡Debería haber hecho algo en aquel momento! Pero no voy a cometer el mismo error dos veces. ¡Largaos de aquí si no queréis que decore mi jardín con vuestras jodidas cabezas!

—Jacob... Escucha —traté de explicarle lo que John quería decir, que no se trataba de mentiras, no se trataba de no ayudarles, sino de hacerlo con cabeza.

—¡No tengo nada que oír de tu sucia boca, perra! ¡Quiero que os vayáis! —La situación se ponía fea por momentos, los ojos rojos de Jacob no mentían, nos volaría la cabeza si no salíamos de allí.

—Ya te he dicho que no voy a permitir que mi esposa camine bajo la lluvia hasta La Granja. Así que baja el arma, viejo, no quieras que tengamos problemas tú y yo.

—¡Me vas a comer toda la polla, cuervo! —La voz amenazante y firme de Jacob me puso en alerta, no quería problemas—. No me obligues a convertirme en un bárbaro, niño. ¡Vete ahora mismo de mi Refugio!

Todos sabíamos lo que iba a pasar. John no daba señales de obedecer y Jacob no las daba de dar su brazo a torcer. Lisa temblaba detrás del viejo y tanto Susan como yo, nos mirábamos sin saber qué hacer. ¿Podíamos confiar la una en la otra? Y lo más importante, ¿había algo que en realidad pudiéramos hacer para relajar la situación? Los dos hombres no parecían muy dispuestos a querer escuchar o razonar. La pelea era inevitable y la tensión se respiraba densa como el humo de la pipa de Jacob. John abrió la boca para responderle alguna barbaridad a Jacob, pero el sonido del timbre le interrumpió.

Las notas musicales rompieron la tensión y nuestras miradas se dirigieron hacia la puerta blanca del garaje. El timbre volvió a sonar y los dos hombres se miraron en silencio, asintieron al mismo tiempo y se dirigieron a la entrada. Jacob le pasó la escopeta a John, quien se puso detrás de una mesa. En tiempos de guerra, los enemigos se convierten en aliados para vencer un mal mayor y no hay mayor mal, que la incertidumbre. Susan cogió a Lisa y la encerró en el baño, luego agarró un pesado fusil de asalto que tenía oculto en un mueble, mientras yo tomaba mi rifle. El timbre sonó una

tercera vez, era obvio que estábamos dentro por el humo de la chimenea. Si no les abríamos, seguro que entrarían por la fuerza y sería peor. En el mejor de los casos, serían más Noticieros o supervivientes; en el peor, eran Radicales. Teníamos que estar preparados para todo. Una mirada de Jacob lo confirmó, todos estábamos en nuestros puestos, así que abrió la puerta y saludó con una sonrisa.

—Hola. ¿Qué puedo hacer por vosotras?

—Hola. Nos hemos escapado de una Caravana de Radicales que nos habían secuestrado. Mi amiga se ha roto un brazo al huir y la lluvia nos ha pillado al descubierto, necesitamos ayuda, por favor, ¿podemos pasar?

—Claro niñas, adelante —En el recinto entraron dos jovencitas de unos diecisiete años, caladas hasta los huesos. Ambas con el pelo negro y la ropa oscura, una tenía los ojos casi blancos y la otra, de un verde muy claro. Los hongos de ambas, eran azules. Sonrieron a los presentes, que bajamos las armas. Lisa salió del baño con algo de miedo y enseguida se alegró de ver a dos chicas más o menos de su edad.

—¡Oh! ¡Qué mala pinta tiene ese brazo! Déjame que te lo cure, Elise acaba de traernos un botiquín nuevo. Ven conmigo al baño. Ven tú también. Os daré ropa seca —Las muchachas se quedaron en el pasillo, mirándonos con timidez, mientras Lisa corría por la casa cogiendo ropa, enseres de aseo y medicinas, metiéndolo todo dentro de un cubo.

—¿Solo vivís vosotros aquí? —preguntó la que no tenía el brazo roto—. Parece un Refugio-Hotel muy grande para que solo cinco personas lo dirijan, ¿no? —Susan iba a contestar, pero yo me adelanté.

—Lo cierto es que somos más de veinte —todos me miraron sin comprender muy bien a que venía aquella mentira, pero yo les ignoré y seguí hablando—. Los demás están arriba, en las habitaciones, durmiendo. Ayer fue un día largo y duro de caza y recolección. Pero alguien tiene que quedarse haciendo guardia ¿no? —Le dije con una sonrisa conciliadora.

—Claro. Mejor que seáis más. Así me siento más segura. —Lisa apareció en las escaleras con el cubo cargado de cosas y yo la detuve con amabilidad.

—Cielo. Déjame que la cure yo, ¿vale? Sé lo que me hago. Es una herida bastante fea —La presión que ejercía en su mano le indicó que no era una petición, sino más bien una orden y con la mirada le indiqué que algo malo pasaba—. Cierra bien las puertas —le susurré.

—Tienes razón. ¿Tenéis hambre? Voy a preparar la merienda —dijo con una gran y cálida sonrisa, siguiéndome la corriente.

—Vamos a qué te haga las curas en ese brazo, cariño —dije con amabilidad cerrando la puerta del baño.

.

Mi esposa me echó una mirada antes de encerrarse en la puerta del baño. No necesité más para saber que algo no iba del todo bien. Susan y Jacob se congregaron a mí alrededor.

—¿Nos explicas a qué coño ha venido eso?

—No tengo ni idea. No me mires así, viejo. Es la verdad. Algo habrá notado que nosotros no.

—¿De qué estás hablando?

—Antes de que te pusieras como loco, iba a decir que, los Refugios grandes son un problema, porque atraen a La Secta. No sois el único Refugio que quiere volver a lo de antes. Hace cosa de unas semanas, pasamos por los restos de un Refugio-Aldea llamado La Enredadera. El sitio era grande, con más de cien personas viviendo allí. Hacían un licor de flores y una cerveza con aroma a jazmín que te cagas. Habíamos estado varias veces y cada vez crecía más y más, tenían granjas y huertos, cultivaban sus propias hierbas medicinales y sus propias drogas también. Tenían posadas, tabernas, herrerías y un hospital. Pero, como ya he dicho, hace unas semanas, pasamos por allí y todo lo que quedaba eran casas abandonadas y un montón de Cambiados. Seguimos adelante y nos encontramos con una pequeña granja, en ella reconocimos a la dueña de una de las tabernas. Le preguntamos qué demonios había pasado en el Refugio y ella nos contó que La Secta los había atacado. Nos dijo que unos payasos vestidos con máscaras raras y túnicas largas, habían entrado de noche y les habían reunido en la plaza a punta de pistola. Y ahí empezó la pesadilla. Uno de ellos, el que parecía ser el líder, se quitó la máscara y mostró sus pupilas malformadas y sus venas inflamadas.

—Un Bendito.

—Así es. Uno a uno les fueron inyectando un líquido raro. Ella nos contó que el tío empezó a soltar un sermón mientras la gente se retorció de dolor en el suelo. Diciendo que ellos eran “Los Portadores de la Bendición”, que “Dios los había seleccionado para pertenecer a su Paraíso de escogidos a la tierra y que para ello debían pasar por La Prueba de Fuego”.

—¿La Prueba de Fuego?

—Eso es. La mujer, que, a todo esto, había conseguido esconderse junto a algunos supervivientes más, nos contó que el tipo empezó a vanagloriarse de que su sangre “benedita” ahora recorría las venas de todos ellos y que, si “tenían fe en Dios”, que, si “demostraban su confianza ciega en Él”, no les pasaría nada. Esa es La Prueba de Fuego. Sobrevivir a la cepa mutada que ellos llevan dentro. En La Granja creen que es así como han aparecido nuevos Cambiados, por la mezcla de cepas y ADN. Hemos escuchado historias parecidas de boca de otros supervivientes y de otros Noticieros, siempre provenientes de Refugios grandes. Creo que Elise, trata de ponerlas a prueba haciéndoles creer que somos más.

—¡Chorradas!

—¡Shhhhh! —ordenamos al unísono Susan y yo.

—Chorradas —repitió en bajo Jacob—. Es otra de vuestras mentiras. Esas niñas no tienen ninguna marca que las delate.

—Igual es eso lo que las delata.

—Pero, ¿qué dices Susan?

—Es cierto que los Noticieros se inventaron noticias falsas para separar a los Refugios y es muy probable que ellos mismos generasen esas noticias, yo tampoco me fío de ellos y lo sabes Jacob, pero yo también he oído esas historias antes de acabar aquí. Los llamaban La Secta o Los Portadores de la Muerte y decían que trataban de conseguir adeptos, aunque nunca me imaginé que fuera de esa forma tan radical. Incluso llegué a escuchar que algunos de sus miembros eran parte del grupo GWFCE, aunque vete tú a saber...

—¿Y qué tiene que ver con las niñas?

—¿Has visto cómo van vestidas? Todas cubiertas. De negro. ¿Quién demonios va toda tapada hoy en día? Es lo que tú has dicho, no tienen ninguna marca a la vista. ¿No es eso un poco raro? Ahora dime la verdad. Si una de ellas no tuviera un brazo roto y no estuviera lloviendo a mares, ¿las habrías dejado entrar, así como así? ¿Vestidas de esa forma tan rara, como queriendo ocultar algo? —Jacob se quedó un segundo pensativo, pero no le dio tiempo a responder, desde el baño se escuchó un grito y pronto salió Elise, manchada de sangre, empujando a la chica del brazo roto que lloraba desconsoladamente.

—¡Dios te castigará por lo que has hecho, ramera!

—¡Cállate, si no quieres que te rompa este brazo también! Ahora dime cómo te llamas.

—¿No me acabas de decir que me calle, cerda? —le respondió con sarna la joven, a lo que Elise le retorció el brazo sin piedad.

—¡No me cabrees niña! ¿Cómo te llamas?

—¡Anaíse! ¡Me llamo Anaíse! —gritó entre sollozos.

—¿Cuántos sois? ¡Y ni se te ocurra mentirme!

—Solo nosotras. Somos un grupo de reconocimiento. Buscamos Refugios con muchos supervivientes. Como éste. Luego informamos por radio y el Padre envía a cuántos considere apropiados, según el número de ovejas que haya que pastorear.

—Hay que joderse. ¿Por qué nos haces esto, niña? —le preguntó Jacob desarmado ante esta nueva amenaza.

—¿Hacer el qué? ¿Daros la oportunidad de disfrutar de la Bendición de Dios? Cuando Los Portadores de la Bendición vinieron a mi casa, yo fui la única que escucho al Padre. Fui la única que tuvo fe y aceptó de buena gana su sangre Bendita. No grité, ni me resistí. Bebí de su propia muñeca y permití que me introdujese la aguja de plata en mis venas. Pude notar el calor y la bondad recorrer mi cuerpo, vi la maravillosa luz divina y supe que debía compartir este don con los demás. ¿Por qué no lo veis? ¿Por qué estáis tan ciegos como mi familia? Yo misma les entregué mi sangre cuando desperté dos días después. Ellos lloraban y llamaban monstruos a mis hermanos, a mi Padre salvador, no podían ver la bondad en sus actos igual que yo la había visto y por eso perecieron. Ni si quiera cambiaron. Ni si quiera para eso los quiso Dios. Fue su castigo por su falta de fe y de respeto. Pero pronto el Padre estará aquí y veréis las cosas como yo las veo.

—Lo dudo mucho —dicho lo cual, Elise le dio un empujón que la tiró al suelo, agarró el hacha que se usaba para cortar la leña y le cortó la cabeza, luego, recogéndola del suelo, dijo—. ¡Puto asco de Secta! ¿No deseabas tanto una nueva decoración para tu jardín Jacob? Pues ahora tendrás dos. —Con los ojos encendidos como brasas se marchó al baño y volvió poco después con la cabeza de la otra muchacha.

—¿Cómo demonios lo sabías?

—Conozco bien a Los Portadores de la Bendición. Ellos mataron a mi hijo —Esas palabras, dichas tan repentinamente y de forma tan fría, me hicieron un nudo en la garganta que me costó tragar. Aquella Elise que tenía delante de mí, era la otra cara de la mo-

neda. Un rostro que, gracias a dios, solo aparecía en contadas ocasiones: cuando había niños o Los Portadores de por medio.

—Pero, ¿cómo lo supiste si no tenían marcas? —insistió Jacob.

—Ninguna que tú pudieras ver, pero para mí, eran claras como el agua. Los ojos tan claros, hongos azules y el pelo, ¿negro? La Toxina afecta de varias formas al organismo y eso se ve reflejado sobre todo en los ojos, es algo que aprendí en La Granja. Los Simbiontes tienen una sola pupila mal formada y el iris extendido por todo el globo ocular. Los Benditos tienen varias pupilas mal formadas, su iris es de colores fuertes y pueden presentar o no manchas en el ojo. Los Inmunes tienen las pupilas bien, el iris es de varios colores fuertes, flojos, claros u oscuros y siempre presentan manchas. Y aquí viene lo interesante: a veces, la Toxina muta en el cuerpo de una forma curiosa y decolora el iris, si lo tenías marrón lo vuelve amarillo; el azul, blanco; el verde, aguamarina, etc. Pero si esto ocurre, el cabello también presenta decoloración y los hongos que nacen, presentan colores llamativos como el azul, el violeta o el rojo. Lo mejor, es que esta mutación se da a menudo en Benditos y cuando esto pasa, el sujeto no presenta las otras marcas características, o sea, las venas hinchadas o la pupila deformada. En cuanto vi el pelo negro de esas dos, con los ojos tan claros y los hongos azules... más claro agua.

—¿Quieres decir que se lo han coloreado para pasar desapercibidas?

—Sí. La Granja ha recibido reportes de varios Refugios grandes que han sido atacados usando estos trucos sucios. Cogen a jóvenes con esta mutación, les lavan el cerebro y los envían a “reconocer el terreno”. Para evitar que den mucho el cante, les suelen colorear el pelo, de esa forma, a simple vista, no destacan entre los demás Inmunes y les es más fácil colarse en los Refugios. Luego avisan por radio y cuando el “Padre”, como ellas le llaman, llega, le abren la puerta.

—Y, ¿por qué quieres colocar las cabezas fuera?

—Porque sé que, al no recibir noticias, vendrán a ver qué pasa y quiero que sepan que aquí no son bienvenidos.

—Y... ¿no se enfadarán? —dijo Lisa muy asustada.

—Cuento con que se enfaden pequeña y con que vengan. Queréis que el Refugio sea como antes, ¿no? Pues necesitáis dos cosas: publicidad y protección. Si conseguimos defendernos de Los Portadores, tendremos las dos y entonces, podremos trabajar con

él. Los supervivientes verán que es un lugar seguro y que sus habitantes son fuertes, lo demás, es pan comido.

. . .

La lluvia había pasado de largo y el sol iluminaba las cristalinas gotas que decoraban la hierba. Clavadas en estacas, con los ojos abiertos y sus bocas aún rosadas completamente desencajadas, dejamos las cabezas de las jóvenes, con sus cabellos de carbón ondeando al viento, como banderas llamando a la guerra y sus hongos-parásito negándose a morir; retorciéndose y creciendo desde sus cuellos y sus bocas, tratando de buscar un nuevo huésped, tratando de huir de la muerte, entrelazándose en aire como buscando apoyo el uno en el otro.

Con esa grotesca imagen en nuestras retinas, tomamos una bocanada de aire. Teníamos una nueva misión y debíamos hacer nuestro trabajo como Noticieros. Y esta vez, haríamos las cosas bien.